

editorial

Permíteme insistir, no estamos inventando nada nuevo. Nos estamos llenando de impostados nuevos vocablos que intentan llevarnos a un nuevo estadio disciplinar. Acumulamos y secuestramos términos, como si la disciplina y aquellas palabras que nos acompañan desde que descubrimos que tenían sentido para lo que hacemos y pensamos no alcanzaran, no dieran de sí. Como si no pudiéramos, simplemente, ampliar su campo semántico.

La arquitectura ha ido acopiando a lo largo de su historia una serie de apellidos producto de la natural fricción de sus preceptos con la contemporaneidad y sus emergencias. Conforme pasa el tiempo y se instala una nueva preocupación, aparece una nueva expresión que reemplaza a la anterior. Los apellidos anteriores no desaparecen, pasan a formar parte de un campo semántico que continuamente se amplía.

Lo anterior lo podemos decir desde la perspectiva del tiempo. En el presente, sin embargo, las nuevas palabras y apellidos son las banderas que flamean desde nuestras trincheras. Desperdiciamos la oportunidad de encontrarnos en ese amplio campo semántico que nos brindan las palabras más fundamentales de la disciplina, de carácter más sustantivo que adjetivo.

Desde este medio queremos hacer esa invitación, hoy por hoy incómoda. Que se encuentren posiciones, miradas y orígenes realmente divergentes. Que nos demos cuenta que las palabras que acompañan nuestra disciplina, son capaces de ampliar una vez más su campo semántico para en este proceso volver a ser pertinente.

Juan Paulo Alarcón